

LOS QUIJOTES MODERNOS

Carmen Naranjo*

Si alguien deshace una estructura ya incorporada al mundo cultural, sucede exactamente como si hubiera apagado una luz y en la oscuridad sólo quedara el recurso de orientarse a ciegas.

Conforme a esas extrañas casualidades de que están formados todos los hechos en la vida, es posible suponer que don Miguel de Cervantes, dentro de las condiciones de su agitado acontecer, falleció antes de escribir *El Quijote de la Mancha*, y la obra apenas sentida, imaginada y pensada se recostó también con él en la danza quieta de la muerte. Ese es el supuesto: el libro no se escribió, don Quijote es un algo aún no dado dentro de la cultura y el quijotismo como quijotismo en sí es un movimiento que todavía permanece innominado, aun cuando el libro ande en las cabezas de algunos cuantos calientaideas, don Quijote siga saliendo todos los días de su casa en busca de entuertos y menesterosos y el quijotismo sea un aliento tremendamente agudo para despejar con velas imaginarias la recortante realidad de los días y de las noches con sus figuras sobrehechas de esfuerzos cotidianos.

Si no existe el libro, ni don Quijote, ni el quijotismo, nuestro lenguaje carece del lenguaje gráfico para alentar la ilusión de crecer en aventuras que rayan entre lo mesiánico y lo heroico, y sobre todo carece de palabras para definir lo que es más sublime: el valor de vivir un sueño, que siempre será sinónimo del coraje necesario para aventurarse por un ideal.

Quijote, quijotismo, quijotada han simplificado la expresión hasta colocarla en los gestos menos valientes, audaces y sinceros. Es hora de pensar que los términos no existen y la maravillosa indefinición de los sentimientos propician la aventura idealista y no el nombre. Esa misma maravilla de ser cristiano, sin la ostentación del título, del bau-

tizo y de la secta. Serlo porque se es, porque se siente, porque se sabe vivirlo. Ser con la ignorancia completa del nombre y del partido. Algo así como don Quijote, que sin conocer la quijotada y el quijotismo, fue Quijote por obra y gracia de su carne, de su temperamento, de su sentir, de su pueblo, de su pasión consumida por una mujer tan andante por sus adentros como él por los caminos de Castilla. Pero, don Quijote no existe, Cervantes no llegó a concebirlo, no lo alcanzó por las torres que había alzado para ver esa época arisca y tormentosa de su tiempo, confundida en las encrucijadas de un suelo caliente, con almas tan retorcidas como los olivos, siempre con sed de tierra y de cielo. Don Miguel no lo encontró, no lo vio, estaban los molinos tranquilos, nadie aun los había confundido, en las ventas se levantaban los retablos de Maese Pedro sin peligro de manos airadas, los galeotes caminaban sin novedad a los cadalsos, nadie daba zapatetas en el aire, y el pobre Sancho no alzó la cabeza del corral para atisbar y luego introducirse en el diálogo de caballero escudero, élite pueblo, cultura ignorancia, idealismo realidad, y amalgamarse en la médula espinal del sentimiento, de la pasión, de la inmortalidad, de ese delito elocuente y nunca bien ponderado de acompañarse y complementarse. No, a Cervantes lo encontró la muerte, siempre veloz y tajante, antes de que pudiera definir el amor eterno en esa amalgama sin símbolos ni costuras, sin artificios de unidad y sí de transparencia humana. Don Quijote pataleó en algunos sueños, cuando se acercaba la madrugada, pero a lo largo del día don Miguel reunía las imágenes con otros tantos olvidos, y Sancho asomó su cara por la cara de muchos hombres del campo y casi llegó a hablar cuando alguno de ellos se amacizaba en los refranes.

Y hemos llegado a los albores del siglo XXI, un poco a ciegas en materia de valor, por eso apenas nos atrevemos a ser. No hay pretexto para discul-

* Laureada escritora costarricense.

parnos, para no ser Quijotes, porque don Quijote no ha existido. Tampoco lo tenemos para ser Sanchos, porque estamos rodeados por Sanchos sin perfiles, por ésos que no saben crecer y transformarse en seres heroicos.

¡Cuánto hemos perdido con imaginar una cosa tan simple!: la muerte prematura de Cervantes, y su gran libro como un sueño sin puerta en el silencio de su sepultura. Nos hemos puesto un poco tristes, la imaginación en algunas ocasiones es una cámara de ejercicios torturantes. Sin embargo, la vida sigue su rumbo, su espantoso hacer igual sin resonancias, pasar y pasar, vivir y morir, crecer para decrecer, crear e inventar cada vez más estrechos laberintos. Y, qué extraño, si el mundo en verdad no se hubiera detenido por un don Quijote de la Mancha, algo muy incómodo resulta de la suposición sobre su inexistencia. Algo así como menos aire, menos luz, una sensación del asma que se agita cuando más tranquilo estaba el pecho. El ya no poder calificarnos a nosotros mismos como quijotescos, limita la estatura creciente de los sueños, redondea la asfixia de las calles sin salida, disminuye la vitalidad que da el conocimiento humano y encierra las manos para hacer de oficios pulidos en un avance sin significados. Es decir, la no existencia de don Quijote, y por supuesto con él la de Sancho, asemeja la humanidad a la labor interminable de tejido con que las abuelas siempre han jugado a pequeñas Penélopes, con la brutal diferencia de que no esperan regresos ni entretienen aburrimientos, sino que han mecanizado el vigor de no querer ser nada, ni hacer nada, salvo el pasaje cómodo y grato de una fecha a otra fecha.

Pero, tal suposición es absurda y más de un lector rebelde ya lo habrá notado, pues don Quijote es un solo Quijote, aquél de la Mancha y de la época, que vino a dar nombre y cierto sentido místico a los Quijotes antes de él y a los Quijotes después de él. Este trabajo versa sobre los quijotes modernos, no pretende alzar fustanes en los patios de nuestras aldeas, sobre aquéllos que alteran los nervios y ponen a temblar las recetas caseras y se convierten en motivo de burla de bachilleres, curas y barberos, o en el lenguaje moderno: catedráticos, beatos y profesionales en materia de tomar el pelo.

Es cierto, la realidad de don Quijote no es la misma de un Hamlet, de un Otelo, de un Juan Tenorio, de un Karamazov o de un Babbitt, por citar algunos de esos grandes vitalistas inmóviles, pues aun cuando andan con su atuendo de espejos y muchos hombres transitorios se miran en ellos, la diferencia estriba en que sólo don Quijote se

presta a un reconocimiento heroico, en donde la valentía primero toma proyecciones íntimas y luego se despegas de las interioridades para reflejarse en el medio. Entonces se tiene que es posible negar a un Otelo, a un Hamlet, a un Karamazov, a un don Juan y a un Babbitt, por insistir en los ejemplos; pero, no se puede negar a un Quijote porque es imposible negar un movimiento de fe que rompe las murallas del qué dirán. Esto lleva a la conclusión de que si Cervantes no hubiera escrito el libro y recreado a su personaje, con otro nombre, con otro símbolo, con otro símil, los diferentes quijotes de las diversas épocas habrían sido por sí mismas un movimiento completamente auténtico, aun sin bautizo, para lograr su identidad en la siempre estrañalaria reacción de la sociedad que los contemple.

El negar la existencia del libro y del personaje, abre los horizontes para abarcar mejor el quijotismo, con sus particulares señales en cada época. El origen, la hazaña individual, la propiedad con todas sus características, no niega los hechos en sí, menos aun la vida que transcurre y se cumple rebasando los límites de las aparentes circunstancias.

Don Miguel murió en una España que danzaba en oro, bajo los sonos de nuevos mundos, de aventuras, de cruzadas. Don Quijote se levantó en un gesto de pobrezas voluntarias, que no necesitó mucho desprendimiento de un hombre que apenas tenía para un vivir modesto en el tranquilo lugar de sus haciendas.

Hoy, don Miguel es una estructura cultural que adoban todos los días los catedráticos en el ejercicio de su magisterio. Don Miguel y el idioma, don Miguel y su España, don Miguel y el arte del relato, don Miguel y el dolor de su quijotismo, don Miguel y su conciencia filosófica. Cuando no, Cervantes y el adjetivo, Cervantes y la hilación, Cervantes y su riqueza imaginativa, Cervantes y la risa, Cervantes y la frase larga, Cervantes y la geografía. Hoy el libro circula en las bibliotecas, en todos los tamaños y formas, con versiones para niños, para viejos, para tontos, con ilustraciones geniales al tono de las épocas, con apuntes de eruditos, con miles de ojos detenidos en cada hallazgo, y el libro sigue creciendo en la fecundidad de los estudiosos que gustan de arar sobre lo arado.

Más muerto no puede estar don Miguel y su hijo brillante don Quijote. Tanto así que un hombre genial invitó al rescate de la sepultura donde yacen molidos los huesos del Caballero de la Triste Figura. Es evidente que el autor y el actor se han estado muriendo por siglos y agonizan en cada época en que se niega el quijotismo.

Esta época no se apaga al suponer que simplemente el libro no existió, porque felizmente en nuestros caminos andan todavía quijotes con su espíritu caballeresco, dispuestos a remediar entuertos y alzar la voz cuando debe alzarse para pregonar un nuevo evangelio, que de nuevo sólo tiene el énfasis de los puntos olvidados.

Este brevísimo ensayo, lamentablemente no tan breve como lo exige la época encerrada en la lectura de anuncios luminosos, donde se difunde la propiedad intangible de los aperitivos, trata de unos quijotes modernos, despreocupados de Cervantes y de don Quijote de la Mancha, sin importarles la dimensión del libro y las horas en que el autor atrapó las palabras para formar su relato de hechos fantasiosos en la rebeldía de las circunstancias.

Los idealistas de hoy como rebaño pierden en parte la sustancia del quijotismo. El grupo siempre crea una fortaleza que desgasta las individualidades, y el quijotismo apenas abre los brazos a un compañero, aun cuando corre quijotizando a tantas gentes. Es inadmisibles pregonar a los espiritualistas como quijotes modernos, pero sí es del caso hacer una correspondencia entre el idealista individuo y el quijote caballero.

Dice una regla ya antigua que para ver un todo deben verse primero las partes. Por partes iremos:

1. Desapego:

La primera regla del quijotismo es la de dejar, abandonar, sacrificar, para cumplir un destino glorioso que sobrepasa la cuadratura de casas y vecindarios. Ese abandono que significa quemar las naves y correr el riesgo, sin más porvenir que el propio de las hazañas, que pueden ser siembras en la invisible médula de los vientos. Alonso Quijano, el bueno, el comedido hombre de hogar, de fogón, de sobremesas, dispuso, por determinación libre de ser en la medida de sus antojos y sueños, dejar el encierro dulce y seguro de las paredes encaladas por el incierto rumbo de los caminos.

El idealista de hoy aun no tiene una hacienda definida, pero sí recibe la influencia protectora de la hacienda ya hecha por los mayores. Sabe que de tener las manos tensas y los ojos fijos en el comercio de las valoraciones, podrá esgrimir un título y lograr en más o menos corto tiempo un apartamento, un televisor, una refrigeradora, un tocadiscos, un reluciente vehículo y un programa de viajes vacacionales. Algo distinto le bulle en los ojos ante ese panorama de cosas y objetos, y ese algo le exige reconocerse a sí mismo como un

buscador de su propio destino. Nadie puede buscar o buscarse, cargado de protecciones y de orientadores. Decide entonces abandonar la comodidad protectora de los mayores y arriesgarse en la libertad de un renacimiento con la carga grave de aspirar nuevas cosas, nuevos mundos, nuevas actitudes. Y el abandono, como en el caso de Alonso Quijano, no encierra sólo la materialidad de objetos y casona, se dejan también las responsabilidades tradicionales de ser bien visto y bien juzgado en la timidez del encierro por la ganancia social de la aceptación. Los lazos familiares, cuando éstos quieren el mismo paso sobre el mismo trillo, también se abandonan con el típico dolor que tiene esa clase de adioses.

2. Distinción:

Ya listo el peregrinaje de los caminos, no es cosa de salir a ser uno de tantos. La rutina ha tenido trajes confusos sobre personas y sólo algunos oficios distintos usan las típicas señales del reconocimiento. El sacerdote, el médico, la enfermera, recurren a los ropajes especiales dentro de sus horarios de trabajo, que en algunos son misiones de vida continua. El que ha hecho abandono de antiguas posiciones y ha salido en busca de un camino, también quiere para sí el reconocimiento especial de su gesto diferente y entonces escoge el traje que presente ante los demás la revolución de su espíritu. Don Alonso Quijano cambia de ropas para ser don Quijote, él tiene un modelo ante sus ojos de lo que es y debe ser un caballero andante, y ese modelo exige desde actitudes, lenguaje, posiciones y actividades, hasta el ropaje necesario para realzar su figura. A falta del material más adecuado, improvisa con lo que encuentra a mano el hábito de don Quijote y al ponérselo ya nunca más se encuentra a Alonso Quijano. No se trata, por supuesto, de que el hábito hace al monje, pues no se está ante un juego de máscaras o ante el anuncio de un carnaval. El traje no es parte de la circunstancia, es el primer vigor exteriorizado, el paso preliminar dentro de la búsqueda, el inicio de la demostración integrada con la conciencia. Las ideas y la fe no se pueden ir sólo en largos discursos deshilados con la figura y la actitud, debe haber integración frente a lo decidido y posición plena frente al pasado. La necesidad de vestirse y de acomodarse, es en sí la demostración vital del abandono hecho, porque esencialmente no se tiende a confundirse por ahí sino a distinguirse dentro de una actitud creciente, que exige más y más cambios y reacciones para dar curso a la fe y a la idealidad germinan-

tes. Don Quijote es ante todo figura distinta, para extrañar en los caminos y en las ventas, para asombrar y detener la atención de los curiosos nobles y de los curiosos burlones.

El idealista de hoy está ante la misma situación. Ha sentido la medida de su encierro en un mundo de calcomanías e iguales, hecho en serie como si la creación se hubiera reservado al campo de las grandes fábricas y Dios jugara a hacer actos idénticos frente a una faja de montaje. Un ambiente de camisas en serie, de corbatas en serie, de pantalones en serie, de suéters en serie, conforme al arbitrio de modistas y modelos. Un mundo del aseo tan estereotipado como los anuncios asépticos. Un acumulamiento de recetas que aconsejan desodorantes para los abrazos, pastas dentales para los besos, pies de frases para el éxito, formas de sonreír y de agrandar. Una masa en que la personalidad es un gesto repetido, donde las inquietudes están respaldadas en consejos de psicólogos, de orientadores vocacionales, de hombres consagrados que venden los trucos de sus triunfos. Como conseguir amigos, como obtener éxito en los negocios, como deslumbrar, como ser original, como hacer el amor, como viajar, como entrar en un museo, como servir el té, recetas para todo. El acomodo más truculento que se conozca en la historia, bajo las etiquetas sensibles de se vende hasta la forma de morir tranquilamente en veinte lecciones. Ante el cinismo de un comercio abierto y constante, dedicado a lavar las mentes y a masificar los actos más íntimos, el idealista resuelve su originalidad en una forma instintiva, alejándose de los ruidos más violentos de la época. Decide asearse lo necesario porque el aseo se ha hecho comercio, es parte de la sociedad empastada en los lugares comunes; decide guiarse por una sociabilidad natural, de buena voluntad, porque no acepta y repudia los cánones estereotipados y fríos de las relaciones con escaleras de éxitos: decide dejarse el pelo largo, porque la masculinidad no es una forma de machismos retocados en la preocupación de espejos y ante modelos de galanes sin otra conciencia que inventariar las conquistas; decide la selección de las ropas más viejas y desteñidas porque la pobreza exhibida, sin los lances dolorosos de la vergüenza, mostrará las proporciones naturales de la concordia humana y alejará un poco el valor de las contraseñas en cuanto a pertenencias y a clases sociales, que siguen distinguiéndose en el boato de telas, aderezos y alhajas.

Vestidos así, con los signos de la distinción, por sobre las dictaduras de modas antojadizas y comerciales, ya las acciones se han acercado a los

cuerpos, impacientes por hacerse realidades.

Don Alonso Quijano yace en un armario de gruesas paredes otoñales, donde quedan las ropas del hidalgo tranquilo y bueno, y el otro espíritu, guardado por tantos y tantos años con celosa vigilancia por las cárceles rechinantes del miedo, viaja libre y joven por los caminos. El idealista no tiene que guardar tanto pasado, más bien ha roto la línea recta en que querían plantear su porvenir, se ha entretenido en desordenar las imágenes de un álbum familiar y tal vez en las tareas de limpieza encontró una ilustración de don Quijote y la arrugó como una cosa inservible, pues los héroes no deben ser ídolos históricos ni pretextos para envalentonar recuerdos y citas, deben ser salsa y sustancia de los propios ideales, que al sentirse y vivirse no requieren la adoración de imágenes y de estatuas. Después de hacer el desorden y desparramar en el cuarto con banderines, fotografías, raquetas, trofeos, la abundancia sin sentido de ropas con turnos para su uso, el idealista cierra la puerta con una sonrisa tan firme como la misma primavera cuando recobra el valor de los pájaros alegres.

3. Pobreza:

Don Alonso Quijano conoció bien el valor del dinero y del tener, ese valor tangible que a veces se atraviesa entre las cosas del espíritu y pretende comprar la posesión de los ánimos, en artes de ventas más propias del diablo que de las monedas de oro y plata. Supo con certeza el prestigio de la fuerte hacienda, con fértiles solares cuidados por muchos mozos labriegos, la resonancia abrepuestas que acumulan los doblones guardados en arcas bajo el ojo vigilante del amo, la reverencia de gentilezas que producían los múltiples rebaños con el sello respetuoso del dueño. Vio con ojos de hombre casto y soñador que el dinero hacía música, hacía amor, hacía cortas las noches del invierno con caricias y promesas, hacía señores y caballeros, hacía cortejos y disimulos. Entonces soñó con un mundo de gestos con valores imponderables, pues se esgrimía el pundonor, se anotaban méritos para la sin par Dulcinea y se ejercía el don caballeresco en aras de la gloria, capital sin monedas en la contabilidad del recuerdo. Don Quijote se ovida del oro, se espanta de su trueque, y con la gracia de su más íntima nobleza de hombre bueno y santo emprende su viaje con las manos vacías, Y si después las aventuras lo detienen en la grave circunstancia del tener, se siente disminuido en uno de los más tristes incidentes de su tránsito. En todo caso, privó siempre su

pobreza de medias y jubón rotos, pues fue su valor el heroísmo de creer y crear las hazañas sin temer la consecuencia de ganancias y de pérdidas.

El idealista adopta una similar pobreza que espera sea su primera acción contra una sociedad saturada de vitrinas, de ofertas, de lujos, con exuberancia de adornos, de sofisticaciones, de especialidades, de marcas, sobre la que se extiende la voz constante del anuncio y la propaganda, que cae como un látigo en los bolsillos ambiciosos, en las cuentas corrientes bancarias y en las contabilidades, que restan las posesiones sobre un inventario de deseos con nombres concretos de objetos que valen trabajos de jornadas extraordinarias y ordinarias. La pobreza es la rebeldía al intercambio constante de sudores, de sacrificios, de empeños, de famas, de prestigios, de carreras, dispuestos a cambiarse por el afán del lucimiento en la hora de la exhibición y que espera el reconocimiento bajo la mímica de las apariencias.

Don Quijote camina sin preocuparse por la armadura, sin vestidos de terciopelo, sin ropas interiores de seda. El idealista se adelanta por las calles, con sus zapatos cómodos, su blusa de hilo, sus pantalones desteñidos, su renuncia escueta a los atuendos.

Y las manos y los bolsillos vacíos de uno y de otro, esperan confiados la improvisación de sus hazañas. Hay algo de confianza en su renuncia, de fe potente y creadora en su pobreza, de humanidad muy noble en su imprevisión. Van don Quijote y el idealista hacia el hacer cotidiano, hacia la fábula eterna de las provisiones y de las seguridades, hacia las casas cerradas con sus despensas medidas, con la ingenuidad de las buenas intenciones.

4. Inspiración:

Se sabe textualmente, y se repite con insistencia hasta la colindancia con la duda, que Alonso Quijano, el solitario hombre de aquel lugar no recordado de la Mancha, leyó tantos libros de caballería que llegó al punto de cambiar su destino y su nombre. Lo imaginamos al lado del fogón, con sus ojos fijos en libros amarillos, de hojas largas y pesadas, seguir con ansiedad las aventuras de Amadís de Gaula y de tantos otros caballeros andantes. Enfrascado en su lectura, con la devoción con que siguen los puritanos las anotaciones bíblicas, tan embebido y sumergido en los mundos de Olivante de Laura, apenas sí oía el rezongar de su sobrina y de su ama, el rebuzno de algún burro caminero o el careo de las madrugadas en el corral de su terruño.

Leía hiriendo su memoria con los más mínimos detalles, para avanzar con la ligereza de la imaginación sobre la lanza desnuda del hecho en el torneo de la fama y del apostolado, siempre tras la justicia y el mérito de honrar a la intachable dueña de su corazón.

Pero, el leer, el saber y el imaginar, que abren tantos caminos, no dan pie a las acciones mientras no invadan el sueño repetido y exigente de ser el otro, el distinto, el escondido rostro de Alonso Quijano. Y este otro surge del contraste, que se puede recoger como en una galería de retratos con sitios para el cura, el bachiller, el barbero, y en la que el bueno de Alonso no quiere quedar como un espectro de la nadería, de la inercia y de la sonsera pueblerina. Ese bostezo largo, igual, sin la fuerza de sus amigos, esa siesta sin término de la aldea, ese constante verse sin asombrarse de la trivialidad, se fermentan dentro de los sueños de Alonso. Y un día el Quijote se le aparece en un sueño y otro lo encuentra frente al espejo en que se mira, y cuando menos piensa camina sobre su cuerpo y se hace gestos en sus manos, palabras en su vocabulario sencillo, pasión en su corazón antes tan quieto, impaciencia de caminos en el horizonte encerrado de su pueblo. Porque más que los libros de caballería, en forma aguda y rompiente, fue esa paz del puchero, esa tranquilidad del acontecer diario, ese aburrimiento del tresillo, esa contemplación de caras y pueblo desteñidos, lo que germinó al caballero y lo que siguió tendiendo para él batallas de imágenes en la estepa castellana.

Y el joven estudiante, que ha pasado su vida encerrado en el concreto de un apartamento, casi sin verde y sin cielo, entre las paredes con los timbres mágicos de la tecnología, rodeado por la velocidad de imanes que de pronto son sonidos, luces, servicios, y más tarde vibraciones eléctricas sin reposo, empieza a descubrir que el silencio es poético, lo mismo la soledad y que dentro del mundo gigante y estrecho que lo rodea hay un mundo íntimo, negado, objeto de sacrificio, porque el individuo es una cifra y el ambiente un gran mercado. Nacido sin imaginación, cubierto siempre de imágenes, hoy de la epopeya, mañana del color, continuamente de frente al vacío y al desamparo que representa el desprendimiento del tumulto, con la segunda naturaleza que ha suplido su invalidez de protegido, empieza a descubrir un refugio en la simpleza de una palabra: rebeldía.

Instintivamente recorre las cosas hechas y comprende que él es un mito, pues la humanidad ha quedado confinada a expresiones absurdas donde

ser equivale a tener y la existencia es una demostración de poderes sobre una masa uniforme, con una sola cara y una única meta disfrazada de nobleza: aspirar a ser mejor que es equivalente a aspirar a tener más. El joven estudiante ha medido muy bien las paredes de su apartamento y los rostros siempre cansados de sus padres, con la espuela consumida de sostener un nivel de señores adquirentes, de señores pagadores, de señores vecinos, de señores ciudadanos, de señores reconocidos señores. Siente la necesidad de volcarse hacia algo intangible, algo no hecho del todo en que pueda él hacer un poco, algo que le diga qué es, quién es y cómo es. Se llena de libros de poesía para adquirir significados diferentes sobre la abundancia de civilización que lo anula. La rebeldía descubre ahogos, agonías similares, y nuevas palabras nacen que encierran posibles actitudes. Pero si bien la poesía lo alimenta, como alimentan los libros de caballería los sueños de Alonso Quijano, la necesidad de soñar ha nacido antes que la poesía. Y esta necesidad la ha determinado la lectura de su ambiente, en que sobresalen las voces eléctricas y las voces periódicas, señalando guerras, crímenes, violencia, discriminación, el mundo de los fuertes sobre los débiles. El aire intoxicado que respira le produce la misma asfixia que el pueblo inerte al bueno de Quijano. Ya no hay más que un paso a ser idealista, que esencialmente es ser distinto, atreverse a vivir de manera poética, integrarse en alguna forma a lo soñado. Don Quijote sobrepasa el libro de caballerías, pues sin ser caballero tiene el valor de buscar las hazañas. El idealista se adelanta sobre la poesía, porque sin ser poeta arrebató el vigor de las palabras para darles consistencia de actitudes.

Compelidos el uno y el otro por señales que gritan sobre la época, en un caso la abulia y en el otro el activismo esencialmente mecánico, inspirados ambos en la oportunidad de renacer bajo símbolos de raíces profundas en el vigor de la autenticidad, ya corre por las venas de los dos la sangre de una fe ingenua, pura, de la más noble estirpe, capaz de crear para crearse.

5. Evangelio:

Y cuando hierve la sangre, no sólo por la purificación de las aspiraciones, sino también por el deseo de crecer en hazañas reales, la necesidad de un evangelio se convierte en discurso fluido, conforme corresponde a la reciprocidad entre pensamientos y actitudes.

Don Quijote no realiza su primer viaje solo, lleva un respaldar profundo de ideas y de razones, tan fuerte y tan vital que a veces necesita detenerse para sentir el abundamiento de su vigor lúcido y dar rienda suelta a las motivaciones de sus andanzas. Y desde las raíces hasta la superficie, el primer motivo es el amor, que él ha concretado en una mujer determinada, Dulcinea del Toboso, y sin embargo tan difusa que no es concretamente Aldonza, sino aquélla, la mujer hecha de abstracciones y de poesías, la dulce mujer que merece todos los merecimientos, la que se torna en dulzura, la que es punto de partidas y recompensa de los regresos. Dulcinea que es el amor en sí, que inunda de aguas gloriosas, llena de fuerzas, brota de las palabras más bellas. Ella es el amor que lo conduce hacia todo lo humano, que le abre las puertas a un mundo, que lo torna en héroe. Tanto es el amor en sí la dama de sus desvelos, que en vez de buscarla directamente y tocar el portal de su casa, para declarar su amor y su ansia de ella, escoge el camino de rodear en aventuras la gloria de su nombre. Ejemplo será por siempre don Quijote del afán singular y poco práctico de amar por la belleza en la cuantía y calidad del sentimiento, sin apego a la miseria de lo cotidiano. La palabra amor se torna en él con la misma fuerza de un Dante, creador de un sublime cielo para encontrar un sitio apenas digno de Beatriz. Y ese amor sonoro de esencias y de atributos, es amor pleno, amor humano, amor de humanidad, pues Dulcinea es ante todo el toque mágico que da sentido a su vivir y a su actuar.

El idealista se vuelve ante sí y ante los demás y su palabra se torna con la sencillez de la profecía para mencionar con la grandeza perdida por la materia arrastrante, que el amor es todo y el amar es la función primordial del hombre. Conforme a su época y al oscurecimiento en que han quedado las cosas existenciales, él comprende que el amor ha estado tan preso de circunstancias y acomodo, que es necesario liberarlo, hacerlo sentimiento libre, para que brille sustancialmente sobre los sexos, los apetitos, las razones del momento. Entonces, el amor se extiende en los parques, en las calles, en los cines, frente a los monumentos, con el prestigio mismo de su dignidad, sin temor de ninguna clase, porque de amores pequeños, sin vergüenza alguna, está hecho el gran amor de los hombres entre sí. Libre de convenciones, cuando se ha convertido en circunstancia; libre de tiempos, porque no está atado a la propiedad de las estaciones; libre de temores, al reconocer que no es un mueble sujeto a la utilidad de su destino; libre de burlas, como

debe ser un gesto íntimo que tiene validez de encuentros, de afinidades y de reconocimientos.

Sin vergüenza ni timidez de ninguna clase, don Quijote alza a viva voz el nombre de su Dulcinea, exige que se la recuerde. El idealista va con su compañera a compartir los ideales sin el manoseo de antiguos pudores que han llenado de sombras almas y rostros. Y bajo la prédica primordial del amor, un caudal de cosas hermosas entran en los idearios: libertad, respeto, dignidad, gestos sinceros, desprendimiento, concordia, fraternidad, un mundo amplio sin otro vasallaje que el hacer pacífico de cada cual, honesto y dignificado por el amor.

6. Extrañamiento:

Así, hermanados en gestos heroicos, evocan toda la sinceridad de una conducta existencial, pues han sabido quijotes de tan distintas épocas contraponer su idealismo al cuadro horroroso de sus realidades circunstanciales, si se tiene en cuenta que desde siempre ha habido la necesidad de señalar una diferencia entre vivir como gesto sin voluntad de voluntades ya hechas, y existir como una determinación de luchas en que sobresalen en forma de esperanzas o derrotas los impulsos de la materialidad entresoñada. Y la historia es la misma, porque frente al transcurrir del punto que se tuerce y perfila la necesidad de ser, se extienden los contempladores, los señores de la élite o de la masa, que ante lo distinto tienen su arma de muchos filos fuertes: la risa. La risa misericordia que convierte al original en loco, el auténtico en pobrecito, al héroe en actor excéntrico. La risa burla que viste de fanteoche al más valiente y al más sincero, para entrar en la comedia con el gesto del inocente que se siente invitado y acogido en la esplendor de la ternura y de la solidaridad humana, para resultar el "pato de la fiesta", el comediante gratuito, el hacedor de las carcajadas, el expositor de lo íntimo ante los despojados e inválidos sentimentalmente. Ayer eran duques, bachilleres, curas, barberos, bellas señoras, gentileshombres, cuando ya vacíos y estériles hasta del más trivial sueño, la vida se les pegó sobre el acontecer de los otros y la risa propia se les murió para surgir turbia del espectáculo humano. Con esa risa burla, cruel por el montaje de las hipocresías y de los estímulos, fue golpeado don Quijote, fue zarandeado, fue víctima de encierros, jaulas, trampas, hasta perder el hilo de sus sueños y descubrir como una pesadilla la gloria de sus hazañas.

En nuestro mundo, la risa burla la esgrimen todos los acomodados al servilismo de sus propiedades, ya sean éstas inmuebles con jardines o cercas de púas, ya sean cátedras en universidades o su hábito de hacer ideas y de extender sabias opiniones sobre los oídos dóciles de los menos cultos, de los gratuitamente pasivos, de los enfermos de la pernicioso pereza. Los dueños de las cosas, de las ideas, de las actitudes, de los ejemplos, no admiten idealistas en su sociedad, no los quieren, los asustan, pero concededores de la rienda suelta con que se deben permitir ciertas acciones, pues temen por experiencia de otras épocas el peligro de hacer héroes, se ríen rugiendo con los dientes estrechos, mientras piensan en buenos chistes y preparan las trampas necesarias para hacer más evidente la burla, más dura la carcajada; más grato el espectáculo de lo ridículo, más burdo el homenaje de la atención que señala el centro de lo risible.

Don Quijote era esencialmente una amenaza para el ambiente doméstico de los pueblos castellanos y todavía una mano pone una huella didáctica sobre el sentido de su ejemplo, como un pobre loco a quien le dió por hacer locuras, y se ríe de él en la misma forma y abundancia en que lo hicieron curas, barberos, bachilleres y duques. Aun se le teme al que sabe leer los signos del quijotismo, la risa burla aun humedece las páginas y no deja oír y ver al que quiere contagiarse por la santidad de su ejemplo. Igual pasa con los idealistas y pasará siempre, su pureza de amor se interrumpe con mordaces alusiones hipócritas al escándalo de sus promiscuidades, el ejemplo de valor y de autenticidad se tuerce por el de vagabundería y estupidez, el deseo de ser algo diferente por el peligro de una escondida criminalidad y violencia, el sonido de sus palabras y músicas suaves por la amenaza de atropellos a una moral acomodada a pretextos y oportunidades.

Y no sólo se puede mencionar la risa misericordia y la risa burla, pues el arma tiene otros muchos filos bajo la risa docta, que dice no puede ser lo que no he pensado y vivido y se complace en no admitir lo que no es de su época, ambiente y rito, y entonces se ríe porque no puede ser lo otro, no tiene raíces, es demasiado falible, transitorio, moda. Es una risa que suena a polvo de refranes herrumbrados, a citas de culturas clasificadas en tarjetas para menciones oportunas, a brillos de erudición sin frutos, a pensamientos calcados en papel carbón que transcribió la letra y no el espíritu. Esa risa docta que disculpa a don Quijote, pues era de esperar como símbolo decadente en una España

fanática y mercader de oropeles, o a lo mejor esboza su propia teoría iconoclasta y atribuye a la falta de proteínas en la alimentación de Alonso Quijano el absurdo de sus acciones, para llegar a la científica conclusión de que la locura es el producto de una dieta desbalanceada unida a la sintomatología patológica de esa área geográfica, que se nota en los colores blanco y negro y en la severidad de los cortinajes. Y en la época moderna, dirá que el idealista no se podrá dar en su familia ni en su círculo social, y quizás no llegue a darse en su país, porque su mirada sabia y vigilante ha librado de inquietudes y de escollos el transcurrir sereno que va de las providencias a las realidades. Y cuando lo obvio le toque los lentes, alegará no su propia miopía sino la de los demás, pues bien que advirtió el signo decadente de los nuevos tiempos. Entonces entonará las alabanzas de sus predicciones bajo el patrimonio de las atalayas ejemplares que deberían vigilar la enseñanza y teñir de antigüedad significativa lo nuevo. La risa docta es siempre la de los egoístas, encerrados en sus explicaciones sabihondas de todo lo que acontece, cuando se enfrentan al no remedio de negar lo que existe con valor y audacia ante ellos.

Muy unida a esta risa está la risa necia, que se ríe nerviosa porque es un deber hacerlo cuando los otros lo han hecho, y cree fundamentalmente que los gestos repetidos y asentidores dan prestigio y conciencia de ser. Esta risa, que también se podría llamar unánime y es equivalente a un tic, pone un círculo de fuego en la acción de los quijotes, ya sean idealistas o caballeros andantes — que en lenguaje quijotesco y no cervantino pueden ser sinónimos— y los encierra en esa llama de los torpes acusadores. La risa de los necios cierra las ventanas, pone candados a las puertas, habla de expulsión social y de cárceles, toma medidas violentas. Los otros se han escapado en la altura pretenciosa de su burla, que simula un atisbo de desprecio. Pero, esta risa sin razón de conciencia, impersonal, masificada, no se contenta por sí misma al no ser original ni responder a una actitud concreta. El repitente siempre busca justificar su acto repetido, que le causa la molestia inherente a la máscara inmotivada que se ha puesto. Entonces, la risa se torna en mueca amarga y para llenar el vacío de su inexistencia ruidosa, busca el golpe, la brutalidad que haga reír de verdad. Esos rientes son los que dan palos a don Quijote donde quiera se presente la oportunidad, y a los idealistas los convierten en motivo de escarnio por medio de palabras, manotazos o actos rudos.

Y como si la risa no tuviera fin, también existe la risa indiferente, que se ríe porque nada le importa y le da lo mismo si son quijotes o idealistas, si son seres humanos o bestias, si tienen derecho o deben ser sacrificados. La indiferencia ya es en sí un gesto risueño, que no requiere muchos pretextos para soltar la carcajada. Sin tomar campo en el pro y en el contra, sin preocuparse por causas y efectos, sin medir síntomas y penetrar las actitudes, el indiferente coloca su chistecito y goza con la risa que produce, pues se satisface en evitar el calor y la fruición humana que puede representar una opinión. Basta con la sonrisa lejana, cuando se trata de cosas apasionantes, pero si se puede colocar más cerca y reírse con los otros, su actitud es de colaboración sin límites y la indiferencia parece plegarse a un afán de encontrar más puntos ridículos. Por supuesto, ridículo —en el caso de todas las risas citadas— es simplemente un quiebre en las rutinas, que tienden a venerarse desde su descubrimiento como refugios con más altanería y devoción que al mismo dios todopoderoso, sustituido por el dios costumbre. A esta risa indiferencia le da lo mismo que exista un quijote o muchos, que sea un personaje de un libro imitado por uno que otro loco, que prediquen o no prediquen cosas extrañas y fuera de tiesto, segura de que el alcance de su imperturbabilidad es perfecto en la conjugación de los pronombres posesivos, ya que todo lo ajeno es indiferente aun cuando sea humano, mientras “lo suyo” ande al compás de la buena suerte.

Y don Quijote, idealista de su tiempo, o el idealista de hoy, pleno quijote en éste, trastabillean ante las risas, con el temor bien fundamentado de trascender el desafío del ridículo para ser únicamente vistosos arbitrarios como tantos “llama atención” que pasan confundiendo su época con un escenario. Conscientes son de la burla y del escarnio, pues otra cosa sería suponer que inflamados de locura no oyeron las carcajadas que producían y producen sus vestimentas, sus palabras, sus actos, su forma de contrastar las realidades. Sería hacerlos insensibles a los reflejos de las burlas contenidas en invitaciones y provocaciones, o ciegos a los retorcimientos de gestos escondidos, para atesorar las risas en espasmódicos ademanes. Ellos han medido cada paso y han aprendido a leer en los rostros las reacciones de su integración digna y respetuosa a ellos mismos. Tienen el valor de soportar, persistir y avanzar a pesar de las carcajadas. Ese valor de la fe ingenua, que ha creado su autodefensa mesiánica de misión y de destino, lo contraponen ante su único miedo: el de quedar como seres vis-

tosos, como espectáculo gratuito, como mero esfuerzo de formas.

Pero ya ese temor no depende de ellos, porque invade el campo de los contempladores. Y en ese campo están los grandes escollos. Pues don Quijote es un ente de ficción, prestigiado por la cultura y la hazaña de que se contaron sus historias en un grueso volumen que hizo un idioma, una tipología y un mundo. Allá el hombre escritura, con su proceso de idealización contagiante, entra en todas las bibliotecas con sus buenas tapas de cuero, y tiene a su alrededor los serviles del talento midiendo sus alcances, sus decires, sus inclinaciones y sus tonalidades de creación genial. Ha capitalizado para los eruditos las adjetivaciones cultas de la maestría, es ya inalcanzable en la dimensión devota de los recreadores que se recuestan en los signos de la cultura. ¡Qué de batallas tendría que dar ese Quijote reconocido, admirado y venerado para lograr su libertad de ser el sueño desvelado de un ágil, inteligente y sensitivo creador!

Encerrado don Quijote en esa torre de marfiles con altos vitrales de oh admirable, oh joya, oh maravilla, oh creación, oh sin parangón, el pobre idealista con sus pantalones sucios, su rebeldía aséptica, su juventud de improvisadas filosofías, no puede ni siquiera aspirar al rango de galeote mal agradecido para acercarse al caballero de la también triste figura. Hay quien apuntará cruel-

mente la osadía de la comparación y gritará rotundo y convincente que nunca se ha dicho nada más estúpido y absurdo.

En materia de quijotes, de verdaderos quijotes de todos los tiempos y especialmente de éste, es necesario suponer que el libro no se escribió nunca, que don Miguel de Cervantes murió antes de concebirlo, que dejó en paz de erudiciones a un hombre sencillo de la Mancha.

Libre ya con la libertad que ansió para sí y buscó con desesperación don Quijote por los caminos, sin propiedad de patria y de autores, sin derecho de paternidad, es posible imaginarlo en compañía de un idealista, quien bien podría cabalgar a su lado como escudero y alcanzar su estatura en la batalla de los molinos que nos cercan como robots sin leyenda de gigantes.

Por lo menos, qué bueno sería para los que sueñan que si bien el libro no existiera y con ello se menguara en mucho la fama de Cervantes, anduvieran por nuestros días, con la misma fe, ingenuidad y credo de locura, aspirantes al quijotismo. Y así, aunque se desconociera el nombre, con un desconocimiento que no fuera sinónimo de inexistencia, la sed de inmortalidad en obras de amor moviera a los hombres y estuviera abierto el camino a los que creen todavía, y crearán siempre, en las aventuras sin otra recompensa que el alcance de los sueños.